

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

# EL BAILE DEL REBELDE

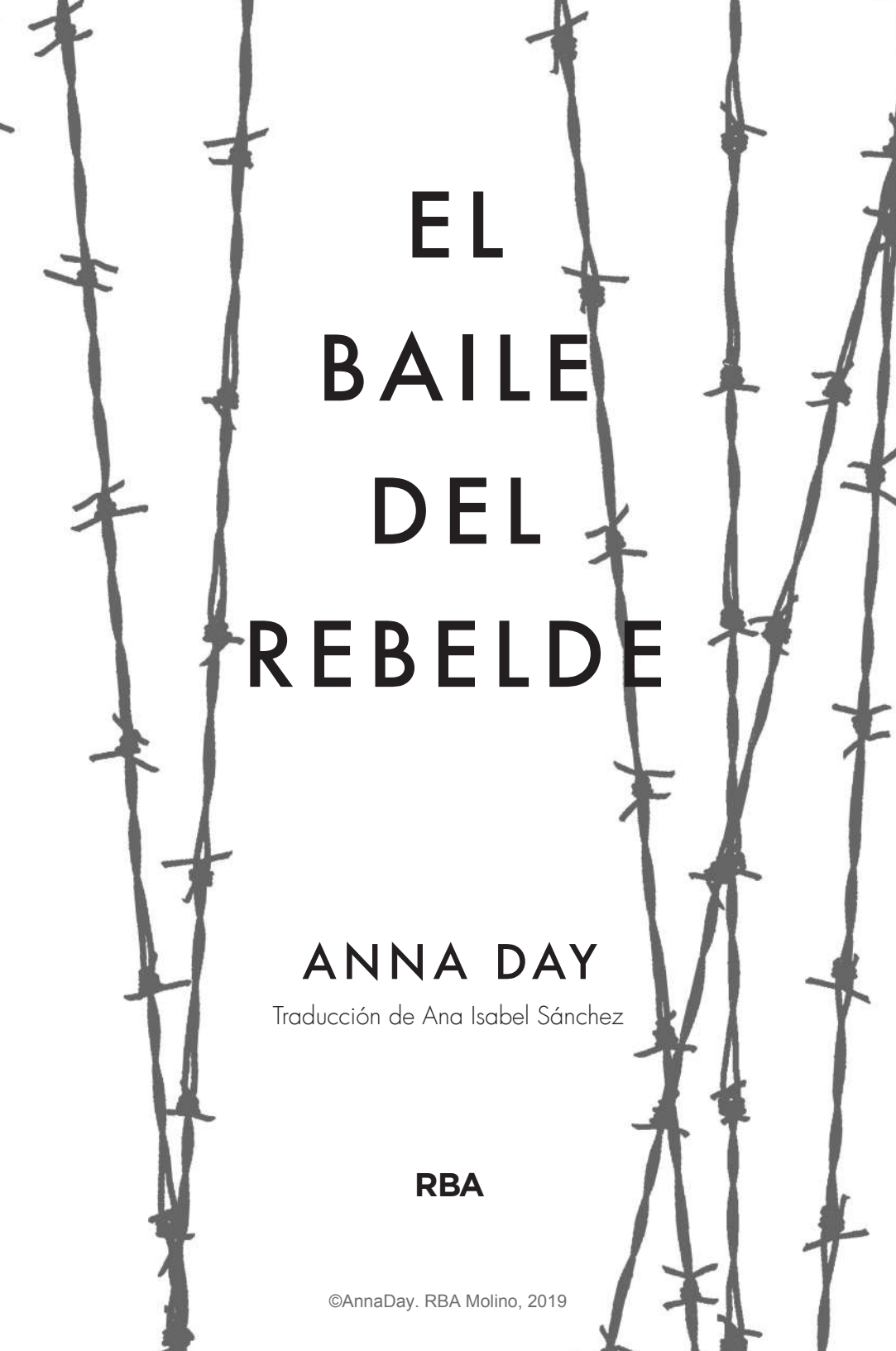
Hay historias que pueden salvarte.  
Esta puede destruirte.



El baile 2

# ANNA DAY

RBA




# EL BAILE DEL REBELDE

**ANNA DAY**

Traducción de Ana Isabel Sánchez

**RBA**

# PRÓLOGO



**D**entro de menos de una semana, mi hermano morirá. Me he repetido estas palabras una y otra vez; sin embargo, por algún motivo, no parecen reales. Porque mientras Nate siga tendido en esa cama de hospital, entreverado de tubos y con el pecho subiendo y bajando, continúa habiendo esperanzas de que pueda salvarlo. Aunque eso signifique hacer lo que más temo: volver a ese horripilante lugar.

# CAPÍTULO 1

## VIOLET

**A**lice se queda mirando la lista que hay encima de mi escritorio.

—Es increíble que ya hayas hecho una lista, ¡todavía faltan siglos para la universidad! Cómo te gusta planificar las cosas...

Aparto la hoja de papel de debajo de sus narices, cabreada conmigo misma por haberla dejado a plena vista, y más teniendo en cuenta que lleva las palabras «tampones super plus» garabateadas en la parte de abajo.

—Las listas me ayudan a dejar de angustiarme, ya lo sabes.

Empiezo la universidad en septiembre y estoy cagada. Esta es la vigesimoquinta lista que hago, y aún estamos en julio.

—¿Qué razón hay para angustiarse? —pregunta Alice—. Iremos juntas, y vamos a petarlo en la semana de bienvenida

para los de primero. —Curva la boca hasta esbozar una media sonrisa—. Sobre todo, equipadas con esos tampones super plus.

Pero es evidente que ella también está cagada. Se le tensa la piel de alrededor de los ojos y se toquetea el pelo.

Katie está tirada en mi cama, aferrada a su iPad y echando un vistazo a la página de la revista musical *NME*.

—Espero que esos tampones super plus no sean lo único que le enseñes a tu vagina este año, Violet.

—¿Queréis parar con la chorrada de la virginidad? —protesto—. Es como volver al instituto.

Cierro las cortinas para ocultar los restos del anochecer con la esperanza de que mis amigas capten la indirecta y se vayan para que yo pueda acostarme. Desde que cesaron los sueños raros —aquellos en los que aparecía una anciana extraña con los ojos del color de las manzanas verdes—, me he dedicado a dormir de forma compulsiva. Es maravilloso no sentirme agotada a todas horas.

Katie se echa a reír y las pecas de la nariz se le ensanchan con la sonrisa.

—Solo era una broma. Sé que te estás reservando.

—«Tal vez muy pronto ya, mi príncipe vendrá» —canta Alice con un agudo gorjeo de Blancanieves.

—No quiero un príncipe —digo—. Quiero justo lo contrario, un antipríncipe, una persona auténtica y honesta...

Me interrumpo antes de que esas imágenes ya familiares vuelvan a horadarme el cerebro como si fueran gusanos; antes de que me confundan por completo, de que me revuelvan las tripas con un amasijo de excitación, miedo y nostalgia. Son imágenes de plumas que restallan en el aire, de

ojos del color del invierno, de pelo negro sobre una piel traslúcida.

Alice da vueltas en mi silla giratoria, a todas luces aburrida ahora que ha terminado «Queer Eye».

—Bueno, en la semana de bienvenida de la uni habrá un montón de chicos adolescentes carentes de higiene personal y habilidades sociales. Allí encontrarás a tu antipríncipe.

Se oye el tintineo de su móvil. Se lo saca del bolsillo y comienza a deslizar los dedos sobre la pantalla y a escribir con un repiqueteo de uñas.

—¿Crees que será raro? —pregunta Katie—. Lo de que seamos un año mayor que todos los demás.

—No. —Me siento a los pies de mi cama—. Habrá muchos alumnos que se hayan tomado un año sabático.

—¿Podemos llamar a lo nuestro «año sabático»? —pregunta Katie.

—Podemos llamarlo como queramos —respondo.

—Fred —dice—. ¿Podemos llamarlo Fred?

Me río.

—Estás chalada. No me extraña que tengas que hacer terapia.

Las palabras se me escapan de la boca antes de que mi cerebro pueda contenerlas. Pero, por suerte, Katie no se lo toma mal. Odiaría que pensara que me burlo de ella por ir al psicólogo. Tiene pesadillas y recuerdos recurrentes, eso es lo único que nos ha dicho. Aunque todas sabemos por qué, intentamos no hablar del gigantesco elefante que dormita en un rincón de la habitación.

Las tres nos presentamos tarde a los exámenes de acceso a la universidad, nos las ingeniamos para aprobarlos no sa-

bemos muy bien cómo y luego nos tomamos un año de descanso. A Alice y a mí nos tanteó un editor justo después de que despertásemos del coma, supongo que gracias a la combinación de su fama como escritora de *fanfic* con la atención mediática que había despertado el incidente de la Comic-Con. Coescribimos y publicamos *El baile del rebelde*, secuela de *El baile del ahorcado*, en tiempo récord. Nos proporcionó la excusa que necesitábamos para escondernos en nuestras respectivas habitaciones y soñar con un Nate sano y salvo.

Le lanzo una mirada a la chaqueta de nuestra novela, que está enmarcada y colgada en la pared, justo detrás de una Alice con el ceño fruncido. Parece un bocadillo de pensamiento rectangular que le surge de la cabeza. La portada del libro siempre me recuerda a Nate o, más en concreto, a la pérdida de Nate. No es que esté muerto, pero a veces tengo la sensación de que está a medio camino, parado en un área de servicio de la autopista antes de llegar a su destino. Vida... descanso para comer algo carísimo... muerte. Y me recuerda a lo estúpida que fui, estaba convencida por completo de que, de alguna manera, crear un personaje a su imagen y semejanza le infundiría vida a su cuerpo ceroso y medio muerto. Así que cada vez que miro esa chaqueta, recibo un golpe doble. El de la pérdida de Nate. El de mi estupidez. Solo la mantengo en la pared porque fue un regalo de mis padres.

—¿Crees que la gente sabrá quiénes somos? —le pregunto a Katie.

—Claro que sí —dice ella—. Habéis escrito un superventas entre las dos, y aquí la amiga Anime Alice se ha tirado a Russell Jones.

—Qué más quisiera yo —murmura Alice, que sigue frunciendo el ceño sin desviar la mirada del teléfono.

Katie se ríe y se aparta el pelo rojo de los hombros. Se ha dejado crecer la melena, y le queda muy bien.

—Nosotras ya lo sabemos, pero el resto del mundo no.

Alice levanta la vista y nos clava una mirada de color azul tinta.

—Estuve a su lado en la Comic-Con. Una vez. A menos que tenga una polla supersigilosa y flexible, no entiendo cómo podría haber ocurrido.

Vuelve a su pantalla.

—Vaya, eso sí que es un buen titular —digo—: «Tenía una polla tan sigilosa que ni siquiera la oí llegar».

—¡Ja! —dice Katie—. Qué bueno. Vais a sacaros la carrera de escritura creativa con la gorra, las dos. No sé ni por qué os molestáis en estudiarla, si ya habéis escrito un superventas.

—Para sentirnos normales, supongo —es mi respuesta.

Nos quedamos calladas. Mis palabras se acercan peligrosamente a todas las cosas extrañas por las que pasamos hace un año.

Alice suspira y se guarda el teléfono en el bolsillo trasero. Tiene cara de querer darle un buen puñetazo a alguien.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Ella se obliga a sonreír.

—Nada.

De inmediato sé que se trata de una mala crítica. Desde que me eché a llorar tras nuestra primera calificación de una estrella, siempre intenta ocultármelas. Pero ahora ya me he vuelto inmune a ellas.

—No te preocupes, podré soportarla.



—Es que es un poco mierda —dice Alice—. A ver, que incluso me han etiquetado en la crítica, ¿a quién se le ocurre hacer algo así?

Tiendo una mano, decidida a demostrar lo fuerte que soy ahora.

Pero Alice se mantiene firme.

—En serio, Violet, creo que esta no deberías leerla. Es algo... personal.

Mantengo la mano donde está, suspendida ante ella, como prueba mi valentía.

Exhala un suspiro y la reticencia ralentiza sus movimientos mientras desbloquea el teléfono y me busca la página.

Escaneo la pantalla con la mirada.

—*La Gaceta Distópica* —murmuro—. Ya hicieron una reseña de *El baile del rebelde* cuando se publicó.

Es una página web destinada a los fans. Tienen decenas de miles de seguidores, y su maravillosa reseña ayudó a darle alas a nuestra secuela.

Alice se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que era una mierda. Nos han pasado de cinco estrellas a una.

—¿Pueden hacer eso? —pregunta Katie, que se ha puesto de pie a mi lado para poder leer la pantalla.

—Pueden hacer lo que quieran —contesta Alice.

Escudriño las líneas; el valor que sentía con tanta claridad se deshace a toda prisa y convierte mis entrañas en nieve pisoteada.

Como ya sabéis, nos encantó la novela de Sally King, *El baile del ahorcado*, un libro en el que los humanos genéticamente mejo-

rados (los gemas) subyugan a las personas no genéticamente mejoradas como vosotros y como yo (los imperfectos o «impes»). Compartimos una reseña de su secuela *El baile del rebelde*, escrita por Alice Childs y Violet Miller, cuando esta se publicó y, si lo recordáis, le dimos todo nuestro apoyo. Bueno, pues desde entonces *La Gaceta Distópica* se ha reestructurado y queríamos actualizar nuestra opinión. Por desgracia, no es buena, amigos. *El baile del rebelde* está fuera de tono y desafinada por completo.

—Venga ya, no mezcles la música con esto, dolor de pezón hipócrita —dice Katie, que sigue leyendo por encima de mi hombro.

Tras la trágica muerte de Rose, Willow suma sus fuerzas a las de algunos de los demás personajes de la fascinantísima novela de Sally King: Ash, Baba y, por supuesto, Thorn. Pues bien, dentro del grupo la tensión se eleva tanto que solo podría compararse a la de una maratón de episodios del programa de Jeremy Kyle. Pero al final se las arreglan para liderar una revolución, derrocar al ruin presidente gema y encarcelarlo en un sitio lleno de alta tecnología y de lo más gema. Se lleva a cabo una reforma del gobierno con nuevos colaboradores como el padre de Willow, y a cada ciudad grande se le asigna una alianza que supervisará la emancipación de los impes. La alianza de Londres está formada por Ash, Willow, Baba y Thorn, así que no puedo evitar pensar que esto sentará las bases para más magia a lo Jeremy Kyle.

El único soplo de aire fresco es un personaje nuevo, Nate, un joven impe con un ingenio y una inteligencia excepcionales que pasa a formar parte de la alianza londinense. El hecho de que carezca de familia es un tropo un poco manido,

pero nos encantó su nueva forma de verlo todo. Por desgracia, ni siquiera Nate podía salvar esta secuela. Y, la verdad, que Miller intentara sacar provecho de la larga enfermedad de su hermano nos dejó mal sabor de boca.

Se me escapa un gemido herido, gutural. Katie me aprieta el hombro, así que está claro que ha llegado a la misma parte.

El libro termina con un final abierto, extraño, un intento fallido de desarrollar una utopía. El único cambio concreto es la eliminación del baile del ahorcado, que sin duda era la parte más entretenida de la novela original de King.

En resumen, Childs y Miller se deshicieron de todas las partes buenas de la distopía. En resumidas cuentas, le quitaron el «dis-» a la distopía y nos dejaron con una nada sosísima. Apuesto a que Sally King está revolviéndose en su tumba en estos momentos.

Me entran ganas de vomitar, muchas. Alice y yo nos entregamos en cuerpo y alma a *El baile del rebelde*, nos reconstruimos palabra por palabra a partir del coma en el que habíamos estado sumidas. Esta reseña hace que me sienta como si estuviera desnuda en una habitación enorme y todo el mundo me señalara y se riera. Y lo que dice de Nate, lo de sacar provecho de su accidente, despierta una ira negra en mi interior.

—¿Cómo han sido capaces de escribir algo así sobre Nate? —consigo articular con los ojos rebosantes de lágrimas.

Alice me abraza.

—Joder, sabía que esto te sentaría mal. No les hagas ni caso, Vi. Solo pretenden generar polémica y aumentar sus visitas; mañana se dedicarán a criticar a otros.

Katie me pasa un pañuelo de papel y de pronto me da vergüenza estar llorando por una crítica de mierda. Otra vez. Pero Alice tenía razón: esta me ha tocado en lo personal.

—No pasa nada por disgustarse —dice Katie—. Acepta la emoción; atraviésala, no la rodees.

Sus palabras me hacen sonreír, me encanta que de vez en cuando me repita los mantras de su psicóloga. Es como si recibiera terapia de segunda mano.

—Será mejor que me vaya a casa —anuncia Katie, que recoge sus cosas y se arrebuja en su chaqueta—. Pero os veré mañana cuando salga de clase de violonchelo, ¿vale? —Me abraza con fuerza—. «Reseña» es sinónimo de «opinión», recuérdalo.

Me da un apretón extra y se marcha, lo cual nos deja a Alice y a mí solas con esas palabras odiosas suspendidas entre ambas.

El móvil de Alice vuelve a tintinear. Se me había olvidado que sigo aferrada a él. Se lo devuelvo con las manos sudadas y temblorosas.

—Un mensaje de Timothy —dice ella.

Timothy es nuestro editor. Alice sostiene la pantalla en alto para que yo también pueda leerlo.

Mañana en mi despacho a las 14.00.

Muy importante. Yo pongo

las galletas.

T. x

Miro mi teléfono, aunque ya sé que a mí no me habrá escrito. Durante un instante, me pregunto si querrá que yo también vaya, pero Alice y yo somos un pack, así que, si está intentando excluirme, ya puede irse a la mierda.

—¿Crees que ha leído la crítica?

—Tal vez —responde ella.

—¿De verdad piensa que va a convencernos con unas galletas? Te juro que a veces piensa que somos crías de cinco años.

Alice rompe a reír.

—¿Te apuntas o no?

Agita un dedo sobre la pantalla, impaciente por teclear una respuesta.

No puedo evitar fijarme en que no ha dicho «¿Nos apuntamos o no?», y eso me lleva a inferir que ella va a ir de todas maneras, así que contesto:

—Me apunto.

Esboza su preciosa sonrisa.

—Te han convencido las galletas, ¿a que sí?

—Como siempre.

Teclea una frase tamborileando de nuevo con las uñas.

De acuerdo. Pero solo si están rellenas de chocolate.

A. x

—¿Quieres que nos veamos ya allí? —pregunta.

La editorial está cerca del Museo de Historia Natural, y Alice sabe que me gusta aprovechar para dar una vuelta por él mientras me tomo un café con leche para llevar y finjo que estoy con Nate. Era su excursión favorita cuando éra-

mos pequeños. Se atiborraba la cabeza rubia de datos aleatorios y los acumulaba con gran cuidado solo para soltarlos en los momentos más inoportunos, como cuando la tía Maud vino a merendar y se enteró de todo lo relacionado con los rituales de apareamiento de los hipopótamos pigmeo. «Hipopótamos pigmeo». Es curioso que los techos altos y las paredes frías de ese museo me llenen de calidez y que sin embargo mi propio libro, *El baile del rebelde*, me deje vacía por dentro y helada de pies a cabeza. Algún día lo entenderé.

Asiento con la cabeza.

—Sí, nos vemos fuera. Pero no subas sin mí, la recepcionista me odia.

—No te agobies, esa arpía odia a todo el mundo. —Me tira un beso y dice—: Que duermas bien, y prométeme que no vas a volver a leer a esa víbora bocachancla.

Yo también le lanzo un beso.

—Lo prometo.

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

## SIEMPRE REGRESAMOS A LAS HISTORIAS QUE NOS HAN MARCADO.

Violet y Alice consiguieron escapar del universo de *El baile del ahorcado*, su saga de novelas y películas favoritas. Pero Nate, el hermano de Violet, quedó atrapado en su mundo distópico. Un año después, y a pesar de las protestas de Alice, Violet decide volver a entrar para rescatarlo.

Cuando un escritor de *fanfiction* sin escrúpulos publica nuevos y oscuros capítulos ambientados en el mundo en el que están sus amigos, Alice es la única persona con el poder necesario para salvar la historia, y la vida de Violet y los demás...

PERO HAY HISTORIAS  
QUE TIENEN VIDA PROPIA.  
Y UN PEQUEÑO CAMBIO PODRÍA  
DESATAR UNA REBELIÓN.

Inspirado en una idea original de Angela McCann  
© The Big Idea Competition Limited



[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

RBA MOLINO